

Notas

VISITANTES ILUSTRES DE LA UNIVERSIDAD

En estos últimos meses del año, muchos y muy ilustres personajes han visitado estos claustros. Un auténtico regocijo intelectual ha imperado entre nosotros con ocasión de la visita de tantos insignes hombres de las letras, de la ciencia y del espíritu que han llegado hasta la Universidad Pontificia Bolivariana, desde todos los sitios de América y de Europa, para testimoniarnos la admiración y el aprecio de que disfruta este claustro y de que goza esta revista en todos los meridianos del mundo pensante. A continuación registramos brevemente estas visitas, que fueron honrosas y provechosas, estimulantes y generosas para esta Universidad.

JOSE VASCONCELOS

El insigne pensador mexicano José Vasconcelos, cuya trayectoria intelectual ha sido seguida con ahínco y con fervor por varias generaciones colombianas y cuya obra libresco es harto conocida y apreciada entre nosotros, visitó la Universidad y en tal oportunidad pronunció una de sus más brillantes exposiciones acerca de la lógica orgánica. Con claridad de pensamiento inigualable, con brillo de estilo muy peculiar suyo, con singular maestría y lujo de argumentaciones, disertó el insigne sociólogo mexicano ante el auditorio de esta Universidad.

En tal ocasión, el doctor José Mejía y Mejía, distinguido profesional bolivariano, presentó el saludo del claustro a José Vasconcelos en los siguientes términos:

Las directivas de la Pontificia Universidad Bolivariana me han impuesto el subyugante mandato de presentaros un saludo abierto y franco, en su nombre y en nombre de las generaciones estudiantinas que pueblan el gigante claustro ortodoxo,—núbil quizás en su existencia cronológica, pero cenital en su sazón intrínseca,—y estos sencillos labios de un ex-alumno fundador

que ahora se fastidian por no expresar puntualmente el tenor significado de vuestra embajada espiritual entre nosotros, ensayan balbucir las excelencias del acerado pensador que desde luengo tiempo atrás ha sido el más constante y fiel personero del patrimonio cultural de un archipiélago de pueblos y de razas, por cuya boca está hablando ya el Espíritu.

En Antioquia, maestro Vasconcelos, no pisáis suelo extraño ni habitáis morada forastera, porque en este duro terrón geográfico de Colombia se funden y confunden, en prieta comunión inmaterial, un puñado de tierra de vuestro noble limo materno que mi propia mano arrancó en el traslúcido valle de Anáhuac, con las sacras cenizas del más trémulo y lancinado de los modernos poetas de América, que unciosamente repatriamos a su cuna original, sin truncar las hondas raíces que habían prendido y fertilizado con zumos generosos exprimidos en aquella patria hospitalaria que fue para el errante bardo su única patria espiritual.

Vuestro nombre, maestro Vasconcelos, es familiar a los hombres nuevos de estas latitudes, sus mentes han comulgado con las ideas generadoras de vuestra filosofía hispanoamericanista y no se escapa que las promociónes aurales del hemisferio suramericano, especialmente las colombianas—como que un día fuisteis elegido Maestro de las mocedades nacionales—han penetrado en los amplios espacios de la catedral de vuestro pensamiento en busca de una eucaristía doctrinaria redentora para el mejor logro de sus destinos y la conquista de un amanecer histórico emancipado y libre, alimentado con jugos propios y sin extraños injertos que tuerzan y extravíen su misión individual sobre la pista de este mundo nuestro en capullo que pugna dramáticamente por encontrar su propia imagen. Porque en el autor de "La Raza Cósmica" aprendimos "¡cuán distintos los sonos de la formación iberoamericana! Semejan el profundo scherzo de una sinfonía infinita y honda; voces que traen acentos de la Atlántida; abismos contenidos en la pupila del hombre rojo que supo tanto, hace tantos miles de años y ahora parece que se ha olvidado de todo. Se parece su alma al viejo cenote maya de aguas verdes, profundas, inmóviles, en el centro del bosque, desde hace tantos siglos que ya ni su leyenda perdura. Y se remueve esta quietud de infinito, con la gota que en nuestra sangre pone el negro, ávido de dicha sensual, ebrio de danzas y desenfrenadas lujurias. Asoma también el mongol con el misterio de su ojo oblicuo, que toda cosa la mira conforme a un ángulo extraño, que descubre no sé qué pliegos y dimensiones nuevas. Interviene así mismo la mente clara del blanco, parecida a su tez y a su ensueño. Se revelan estrías judaicas que se escondieron en la sangre castellana desde los días de la cruel expulsión; melancolías del árabe, que son un dejo de la enfermiza sensualidad musulmana; ¿quién no tiene algo de todo esto o no desea tenerlo todo? He ahí al hindú, que también llegará, que ha llegado ya por el espíritu, y aunque es el último en venir parece el más próximo pariente. Tantos que han venido y otros más que vendrán, y así se nos ha de ir haciendo un corazón sensible y ancho que todo lo abarca y contiene, y se conmueve; pero henchido de vigor impone leyes nuevas al mundo. Y presentimos como otra cabeza, que dispondrá de todos los ángulos, para cumplir el prodigio de superar a la esfera".

Pero ahora sería quizás impertinente, maestro Vasconcelos, realizar

una parsimoniosa excursión por los anchos y solares continentes de vuestra doctrina iberoamericanista,—sin atlántidas sumergidas—y acaso sería ocioso frente al culto auditorio que me escucha diseñar el perfil del hombre, del político, del polemista, del esteta, del educador, del revolucionario místico y del místico revolucionario, del sociólogo y del filósofo, cuando el fáustico poliedro de vuestra vida ha cautivado inveteradamente la ansiosa pupila intelectual de nuestras gentes, y sobre todo cuando el propio "Ulises criollo" que colma sus morrales de eterno viandante del espíritu con tesoros sin nombre, va a enriquecer oralmente nuestros mobiliarios interiores con el lenguaje adusto de su verdad, de una verdad conquistada en combate obstinado y feroz con innumerables teorías y sistemas venáticos, hoy ya repelidos después de haber cansado las sandalias del pensamiento en todos los caminos y después de haber dejado muchos vellones de viejos hombres que mueren sucesivamente en nosotros en las zarzas ardientes e hirientes de esos caminos, en pos del itinerario decisivo hacia Dios!

Maestro José Vasconcelos:

La Pontificia Universidad Bolivariana os abre de par en par la puerta de sus claustros. Entrad en ellos y edificad un nuevo arco espiritual con el poder sacerdotal de vuestra palabra.

EDUARDO MARQUINA

El poeta y dramaturgo español cuyo nombre encabeza estas líneas y cuya fama viene sustentándose indeclinablemente desde hace muchos años en todo el mundo hispano-parlante, visitó la Universidad hace pocos meses y en tal ocasión presentó para deleite de la nutrida asistencia un recital selecto y brillante de sus mejores obras. Con dicción y ademanes justos y sobrios, fue diciendo sus maravillosos poemas, gustados y regustados por muchas generaciones y siempre dignos de volverse a leer.

Presentó el saludo de cortesía de la Universidad al ilustre hombre de letras español, el doctor Fernando Gómez Martínez, destacado periodista colombiano y profesor de nuestra Universidad, en la siguiente manera:

Por allá en los últimos años de la segunda década de este siglo, o en los primeros de la tercera, no lo recuerdo bien, se abrió un concurso entre periodistas e intelectuales para investigar cuál fuera el primero de los poetas vivientes de habla castellana. Era la época en que brillaban en el centro de sus sistemas planetarios Lugones, Nervo, González Martínez, Antonio Machado, Santos Chocano y Guillermo Valencia. La votación decidió en favor de Eduardo Marquina. Marquina era, en concepto de la mayoría, el más alto de los poetas en lengua de Castilla.

Mirad, entonces, si no constituye un despropósito que un sujeto oscuro como yo, haga la presentación de tan alto valor de las letras. Que se me perdone en consideración a los convencionalismos, que hacen que sea presentado por quien no se conoce quien es bien conocido y no necesita presentación.

No sería posible dar en esta ocasión una noticia completa de la obra de don Eduardo Marquina como poeta, como dramaturgo, como novelista. Ni se necesita. No he de hablaros, pues, de sus odas, tan llenas de luz y de

rumores; ni de sus vendimias, en que las morenas son "versos de carne" y las cestas repletas, entre las parejas de vendimiadoras, tiemblan "como la idea entre los amplios versos"; ni de las juglarías, y las églogas, y las elegías. Ni tampoco de aquellos dramas en que aparece todo el aliento heroico de la heroica España. Quédese tan difícil empeño para cuando el grato esfuerzo no tienda cordón de espera al ansia de escuchar la noble voz del poeta.

Pero un aspecto sí de su venida a Colombia. Y es lo que ella tiene como expresión del principio y del sentimiento de la hispanidad, principio y sentimiento tan mal entendidos, tan mal explicados y tan calumniados. La política, que todo lo añasca, ha querido hacer ver en la hispanidad un movimiento tendiente a colocar a las naciones de América bajo el influjo político de la península. Tontería. La hispanida no es eso. Es el derecho que tiene España a seguir influyendo con su espíritu católico y humanístico sobre estas naciones que fundó y a las cuales les infundió su alma. Y es el derecho que tenemos nosotros de participar, a título de legitimarios, de la gloria y la grandeza que discurren por la historia de España: su leyenda, su mística, su pícarasca, la gesta toda de sus héroes, sus sabios, sus artistas y sus santos.

La hispanidad es la relación natural que sabe existir entre pueblos de una misma progenie, que hablan la misma lengua y creen en el mismo Dios. Desde el punto de vista histórico-sociológico, no es posible concebir a América sin hacerla venir de la cepa española. Nuestra historia no arranca apenas de la independencia. Sería una corta y pobre historia. En cambio, es larga y opulenta de valores humanos si la enlazamos con la de la península. Es que hasta experimentamos esa sensación de continuidad que en el terreno de la conciencia tenemos respecto de la identidad de nuestro ser a través de los años. Nuestra vida empezó en España hace muchos siglos. El Cid es nuestro. Y lo son Pelayo y Guzmán el Bueno. Y nuestros Lope y Calderón y Cervantes. Con Don Quijote vagamos por los caminos de La Mancha y a veces lo hacemos dormir su sueño de paz en Popayán. Con San Juan de la Cruz y Fray Luis sentimos los pasos del Amado y el rumor de los astros en la noche serena. Y con el Lazarillo de Tormes, raído y cubierto de polvo, golpeamos a la puerta de la aventura. Y cómo borrar y hacer tabla rasa si la Madre Castilla, con ser nuestra, bebió su inspiración en las Moradas, si San Pedro Claver nos vino de España con su alforja de virtudes. Si don Blas de Lezo, digno también de un drama de Marquina en puro verso suyo, tronchó en Cartagena laureles de los de Numancia, si José Celestino Mutis plasmó nuestros primeros sabios y si Bolívar tuvo, con ser tan criollo, aliento de España para ser Genio de América.

Pero la hispanidad no es sólo continuidad y tradición, sino renovación. Presenta un movimiento circular, un intercambio de valores, ya que nosotros también hemos tenido algo que enviar a España. Al contacto de América la lengua adquiere colorido y distinto sabor y se enriquece de nuevos vocablos. Bello, Caro, Cuervo y Suárez la estudian y la pulen. Con Darío y José Asunción Silva sopla de Indias un aire de poesía nueva. Y en el orden jurídico, principios de libertad y democracia humanitaria influyen sobre el derecho que formulara don Alfonso el Sabio.

Según esto, la hispanidad es relación, correspondencia, mutua valoración. Y, por sobre todo, sensación imperial de una cultura y coherencia de

una grandeza histórica. Vos señor Marquina, sois representante auténtico de la hispanidad, el mejor de sus embajadores, y vuestra presencia es grata por ello para la Universidad Pontificia Bolivariana, que tiene tres soportes, tres cultos: el de Cristo y por ello es Pontificia, el latino y con él enraiza en el humanismo hispánico, el de Bolívar y con él es americana. Diríase, en orden inverso, lo nuevo, lo antiguo y lo eterno. Ved, por eso, cuán grato es para este claustro recibir a quien representa tanto de lo que es su espíritu.

MGR. EDWIN V. O'HARA

Para la Universidad fue de grato regocijo espiritual la visita del ilustre Obispo de Kansas City, Monseñor Elwin O'Hara, altísima figura del episcopado norteamericano. En nuestro claustro su presencia fue un lazo más para vincular nuestro pensamiento al pensamiento ecuménico de la catolicidad. Y aquí guardaremos memoria viva y agradecida de esta visita.

LUTHER H. EVANS

También visitó nuestro claustro el ilustre escritor norteamericano Luther H. Evans, director general de la gran Biblioteca del Congreso de Washington. Lo acompañaron en esta visita el señor Francisco Aguilera, alto empleado de la Dotación Hispánica de la misma Biblioteca y con quien desde hace años ha mantenido esta revista vínculos estrechos, y el señor Ralph Munn, director de la Dotación Carnegie de Pittsburg. Demostraron interés especial por nuestra organización bibliotecaria y admiraron el creciente desarrollo de nuestra hemeroteca.

W. C. ATKINSON

El profesor Atkinson es Rector de la ilustre Universidad de Glasgow, en Inglaterra, y profesor de lengua española en la misma. En nuestra Universidad dictó una erudita y muy interesante conferencia sobre la historia y desenvolvimiento de las universidades escocesas en la cual no se sabe qué admirar más, si la densidad y claridad de las ideas o la maravillosa dicción española del conferenciante.

FRANCISCO GONZALEZ DE LA VEGA

Este ilustre penalista mexicano que es presidente de la Academia Mexicana de Derecho Penal y profesor de la Universidad Nacional de su país, visitó la Universidad hace pocos meses. Como testimonio de su admiración por este claustro en donde se leen y aprecian sus tratados de derecho penal en todo lo que valen, nos entregó para su publicación exclusiva un sesudo ensayo sobre la evolución del derecho penal en México, el cual publicaremos en la entrega próxima.

ENRIQUE E. KRAG

La Universidad se honró y se ilustró con la visita y la conferencia que dictó en nuestro claustro sobre las aplicaciones de las materias plásticas en la industria, este destacado científico argentino. De la idoneidad y capacidad del doctor Krag en lo relativo al material plástico, a sus aplicaciones y a su valor comercial e industrial, pueden dar fe los que leyeron la conferencia que dictó en nuestra Universidad y que fue publicada en el número anterior de esta revista.

CIRIACO PEREZ BUSTAMANTE

El ilustre historiador, hombre de letras español y muy destacado profesor de la Universidad de Madrid, Ciriaco Pérez Bustamante, visitó también nuestra Universidad y en tal ocasión pronunció una erudita y elevada conferencia sobre la historia de España y su importancia en los planes de estudio de los países americanos. Para honor de la Universidad y de esta revista especialmente, incluimos a continuación la mentada conferencia:

Hace muy pocos días señalaba mi amigo el académico colombiano doctor Carlos Restrepo, la conveniencia de crear en su país y en general en todo el mundo hispanoamericano, cátedras de historia de España que correspondiesen a las de Historia de América fundadas por el Estado español en las secciones de estudios americanistas de las universidades de Madrid y de Sevilla.

La iniciativa del doctor Restrepo tiene fundamentos tan sólidos, que sin caer en lo hiperbólico no vacilaría en afirmar que es incompleto el estudio de la historia de estos países sin conocer con detalle las líneas generales de la historia española desde sus orígenes hasta la época de la independencia americana.

¿Cómo podría estudiarse la historia de la lengua y de la literatura colombianas sin conocer la evolución, a través de los monumentos literarios del romance castellano? Es que puede desinteresarse un estudiante hispanoamericano de aquellos días emocionantes del siglo XIII en que Alfonso el Sabio, con amoroso cuidado, convertía en lengua escrita y literaria el rudo romance oral y creaba la prosa castellana? ¿Es posible apreciar el desarrollo de nuestra común poesía sin tener en cuenta al Arcipreste de Hita, con quien el castellano adquiere una capacidad de expresión lírica de los sentimientos que hasta entonces habían tenido solamente el provenzal y el gallego? Hubieran podido publicar sus magistrales trabajos Cuervo, Caro, Casas y Gómez Restrepo, algunos de los cuales pudieron orientar nada menos que a Menéndez Pelayo, sin un profundo conocimiento del pasado español?

La Edad Media es un momento fundamental en la vida y en la evolución de España. A lo largo de esos diez siglos se moldea y se perfila nuestro pueblo con características originales que le diferencian de los restantes países de la latinidad. No es que la huella de Roma hubiera borrado totalmente, a través de siete siglos de dominio, la personalidad hispánica, el substrato ibé-

rico y colíbero subyacente siempre en nuestro pueblo. Prueba de ello es que cuando escuchaban a nuestros poetas y oradores decían de ellos que hablaban el latín a la española (**hispano ore**) y en Séneca, Lucano y Marcial se descubren ya ciertas peculiaridades de la personalidad hispánica.

Menéndez Pidal ve en Séneca la raíz de ciertas propensiones españolas que muy particularmente se desarrollan diecisiete siglos más tarde con los nombres de culteranismo y conceptismo, y percibe lo mismo en Lucano, cuyo poema "La Farsalia" excluye lo mítico maravilloso, se aparta de los cánones vigentes y busca como asunto poemático los motivos recientes que la poesía no le autorizaba, primer brote del realismo que va de Cervantes a Goya, apartándose de toda poesía narrativa latina y vinculándose con toda la épica española (Poema del Cid, Araucana, etc.).

Pero con todas estas particularidades que indican la pervivencia de una personalidad hispánica subyacente bajo la civilización romana, la trayectoria histórica de España se desenvuelve durante unos cuantos siglos de un modo paralelo a los demás países de la latinidad, actuando sobre ese fondo ibérico tres ingredientes: latinidad, cristianismo y germanismo y estando a punto de constituirse una poderosa monarquía visigoda y de realizarse una gran fusión de elementos en el siglo VII, cuando San Isidoro entona su famoso canto de entusiasmo nacional: "De todas las tierras, cuantas hay desde occidente hasta la India, tú eres la más hermosa, Oh sacra España, madre siempre feiz de príncipes y de pueblos. Bien se te puede llamar reina de todas las provincias... tú, honor y ornamento del mundo, la más ilustre porción de la tierra, en quien la gloriosa fecundidad de la raza visigótica se recrea y florece. Natura se mostró pródiga en enriquecerte; tú, exuberante en frutos, henchida de vides, alegre en mieses; tú abundas en todo asentada deliciosamente en los climas del mundo, ni tostada por los ardores del sur ni arrecida por glacial in-clemencia".

Pero este desarrollo, en cierto modo normal, de la trayectoria histórica de España, fue cortado por la invasión musulmana. He aquí un nuevo factor que es preciso tener en cuenta y que diferencia totalmente nuestra evolución histórica de la de los demás países de Europa.

No penetraré en el estudio de si la influencia árabe fue favorable o perjudicial para el pueblo español. Esto entra ya en el peligroso campo del ensayismo y de la pequeña y ligera filosofía de la historia, tan en boga durante los últimos años.

Si he de hacer notar que, como consecuencia de estudios serios y rigurosos de los arabistas españoles, se ha podido fijar y determinar con exactitud la existencia de una civilización espléndida con excelentes literatos, médicos y hombres de ciencia; que las artes alcanzaron un brillo inusitado en construcciones religiosas y civiles como la mezquita de Córdoba, los palacios de Medina Azahara, Medina Azzahira y Alamiriya o en la Alhambra de Granada, y que el pensamiento árabe tiene evidente influencia en el mundo occidental y cristiano durante la Edad Media y singularmente en algunas figuras de relieve universal como Dante.

Si en la Europa occidental se advierten estos destellos de la influencia

cultural de los árabes, cómo no habían de advertirse con gran vigor en España, donde su poder político se mantiene casi durante ocho siglos?

Sin desfigurar los hechos por mantener una tesis, hay que convenir en que la invasión musulmana produjo una perturbación gigantesca, un cambio radical y una orientación nueva en las condiciones de la vida política, civil y cultural de España.

Toda la península, salvo unas zonas pobres e insignificantes en el norte, fue sometida a los nuevos dominadores. Comarcas enteras quedaron despobladas y yermas. Entre el territorio cristiano y el musulmán se extendía una zona semi-desierta, tierra de nadie, cruzada alternativamente por unos y por otros en sus correrías. Ciudades de vieja tradición romana, como Lugo y León, se despueblan durante largos años.

Pero a medida que cobran fuerza los pequeños Estados cristianos que se forman en el Norte —Asturias, Navarra, Aragón y Cataluña— se adelanta la línea de resistencia, se buscan como fronteras los cursos de los grandes ríos— Duero, Tajo, Ebro— se repueblan las comarcas desiertas, se crea una clase social de propietarios libres que cultivan y defienden las tierras, brotan castillos y defensas y las relaciones entre cristianos y musulmanes, hasta entonces puramente agresivas, tienden a una mayor comprensión. Se entablan relaciones diplomáticas e intercambios culturales y comerciales.

Destruída la vieja organización política y cultural hispano-visigoda, es preciso rehacerlo todo. La península ibérica, punto de contacto desde los tiempos más remotos de dos corrientes culturales: la centroeuropea y la llamada oriental, acentúa este carácter crucial durante la Edad Media. Y hay incluso momentos, como ocurrió en el siglo X, en que las influencias árabes son absolutamente predominantes en la España cristiana. Aquel esplendor, aquel brillo del Califato cordobés, ofusca a los pobres reinos cristianos del Norte. La fama de Córdoba es universal en este tiempo.

Es famosísimo el pasaje de la monja alemana Hrosiwita, que desde el monasterio de Grandersheim llama a Córdoba ornamento del mundo. Abde-
mán III es el monarca más poderoso, disputa a los fatimies el dominio del Mediterráneo y los más altivos soberanos, como el emperador de Constantinopla, los reyes de Francia, Alemania e Italia, solicitan su alianza o le envían sus embajadores. A esta imagen hay que añadir la evocación del Andalúz, sembrada de torres, poblada de alquerías, con unos trescientos núcleos de población importante, ochenta ciudades y, sobre todo, Córdoba, que el Bayan Aïmogrib nos describe con sus 113.000 casas, sus tres mil mezquitas, instalaciones de baños y edificios públicos. A esto hay que juntar el lujo y la magnificencia de los príncipes que reunían, como Alhaquens II, bibliotecas de cerca de medio millón de volúmenes o levantaban, como Almanzor, palacios maravillosos a la manera de Almiriyya. Un ejército poderoso, una marina que llegó a ser la más fuerte del Mediterráneo en los dichosos años de Abderramán III, y un comercio que recogía el latir de la vida mercantil de todo el mundo, completaban este cuadro de grandeza y esplendor.

Frente a esto, ¿qué podían ofrecer los míseros reinos del norte? Unas construcciones insignificantes, una literatura balbuciente, unos cronicones secos y descarnados, una vida material tosca. No es extraño que los príncipes

cristianos se deslumbraren y se ofusquen ante las maravillas que les presenta Córdoba. Ni que el rey Pedro I de Aragón firme habitualmente en caracteres árabes, o el conde don Sancho de Castilla reciba a los embajadores vestido a la manera musulmana y haciéndoles sentarse sobre cojines en el suelo como si fuese un príncipe oriental. Masas de mozárabes—cristianos arabizados—pasan del califato cordobés a los dominios cristianos y acentúan estas influencias. Los documentos están llenos de palabras árabes que comienzan a penetrar en el romance y parece que España se va a orientalizar. El péndulo de esa balanza española que alternativamente va de Europa a África, parece que va a decidirse por la orientación musulmana, pero una nueva dinastía —la dinastía navarra— que se establece en Castilla, León, Navarra y Aragón, cambia radicalmente la trayectoria orientalizante y la muda por la europea. Se sustituye el rito mozárabe por el latino y la escritura visigótica por la francesa; entran masas enormes de peregrinos a Santiago de Compostela y traen las influencias centroeuropeas; se alistán aventureros en nuestros ejércitos; vienen los monjes cluniceños que son los instrumentos más eficaces de la romanización y de la europeización de la Iglesia en España.

A partir de este momento, superado el peligro de orientalización, la obra de la Reconquista prosigue vigorosa con los descendientes de Sancho III, el Mayor de Navarra, y con la conquista y ocupación de Toledo a fines del siglo XI y las de Jaén, Córdoba, Sevilla y Valencia en el siglo XIII, por no citar más que las etapas fundamentales de la liberación del suelo patrio, las influencias centroeuropeas, los contactos con Italia y al mismo tiempo el aprovechamiento de la tradición cultural de los árabes y de los judíos, que convierte a España en un arcaduz por el que pasan a Europa la ciencia de los griegos y las aportaciones musulmanas, vertiéndose al latín por la escuela de traductores de Toledo y al castellano por Alfonso el Sabio y sus colaboradores, diversos tratados científicos de filosofía, física, química, matemáticas, medicina y astronomía, como se advierte en el "Lapidario", en las Tablas, Alfonsies y en otras producciones que son orgullo del Rey Sabio, a quien se debe su propulsión y en muchos caso su intervención personal.

Así, pues, en la España medieval conviven y se penetran mutuamente varias corrientes culturales. En primer término, una tradición, heredada del mundo clásico grecorromano. Aún en las épocas de mayor oscuridad y desorientación durante la Edad Media, la lejana lucecilla de la Antigüedad seguía brillando a lo lejos y la conexión de nuestras letras latinas, aún en el lenguaje rudo y descarnado de los cronicones, no se perdía del todo. Así en el Silense encontramos una clara imitación de Salustio, y en las bibliotecas monacales y particulares de la Edad Media, si no abundan por lo menos no faltan en absoluto códices de Virgilio o de Horacio, de Tito Livio o de Cicerón. Del monasterio de San Zacarías —dice García Villada— logró llevarse San Eulogio de Córdoba ejemplares de Virgilio, Juvenal, Horacio, Porfirio y Avieno. ¡Era en el año 848!

En segundo lugar, perdura y se transmite a nuestra Edad Media la cultura visigoda, especialmente en lo que se refiere a sus grandes figuras como San Isidoro, de universal influencia. Y en tercer término, y de modo notable, la influencia árabe, que transmite contactos culturales y orientaciones literarias. El Zeejl no sólo obra sobre la lírica española, sino en general sobre la euro-

pea. Los ejemplos de "Calila e Dimna" del Conde Lucanor y tantas otras producciones de abolengo árabe, son demasiado conocidos. España aprestó a la cultura universal el inestimable servicio de actuar como intérprete de la cultura oriental para toda la Europa civilizada.

Junto a estos tres factores hay que admitir tendencias extranjeras que penetraron e influyeron en España. Así la lírica provenzal en la catalana y galaico-portuguesa; la liturgia clunacense y la escritura francesa que suplantó a nuestra escritura nacional como el rito romano al mozárabe; los glosadores de Bolonia que modifican profundamente las ideas de Alfonso X; la literatura y la ciencia italianas de la Baja Edad Media (Dante, Petrarca y Boccaccio), que encuentran eco en muchos pensadores, etc.

En arte podríamos igualmente hablar de las influencias francesas, alemanas o flamencas en nuestra arquitectura o de la escuela sienesa en pintura, como de tantos otros aspectos de la penetración de lo europeo en lo hispánico, así mismo de las fortísimas influencias árabes en la decoración y en las artes industriales de todo género. Pero frente a esto, sería necesario postular que, a pesar del particularismo que nuestra vida histórica ofrece en la Edad Media con respecto a la europea y del relativo alejamiento de España dentro del mundo occidental también nuestra cultura se lanza al mundo e influye activamente en él.

Prescindiendo ya del prestigio y la resonancia universales de nombres de la España bajolatina o visigoda (por ejemplo Orosio en la historia y San Isidoro en teología y ciencia general), recordaríamos a los grandes españoles de la corte letrada de Carlomagno; los traductores de Toledo; los grandes pensadores medievales como Pedro Hispano o Raimundo Lulio; el papel del arte español en los orígenes del arte románico; las intervenciones en las polémicas políticas internacionales como la de Alvaro Pelagio en los últimos roces entre el Pontificado y el Imperio, o la influencia de los teólogos españoles en el Concilio de Basilea, donde se destacan Alfonso de Madrigal (El Testado), obispo de Avila y escritor de asombrosa fecundidad, Alonso de Santa María de Cartagena y el cardenal Juan de Segovia, a quien el Concilio encargó la defensa de importantísimas cuestiones teológicas que realizó con magistral acierto.

Todos estos aspectos nos llevarían a la conclusión de que la cultura española ejerció y recibió una influencia formativa, y que este momento de captación y transmisión la coloca en trabazón efectiva con las demás culturas de la Cristiandad.

De todas maneras, la más peculiar, la más genuina característica del desarrollo espiritual de nuestra Edad Media, está en el aislamiento y en la pujante originalidad del genio español, que formado con estos ingredientes a través de toda la Edad Media, no hace sino prepararse con lentitud, pero con seguridad, para la gran empresa de la unidad nacional de fines del siglo XV. Y con ella para la aparición de uno de los más grandes focos de civilización, a la vez imperio y cultura, de toda la Historia universal.

La España de los Reyes Católicos es, en lo político y en lo militar, promesa y adelanto de lo que será la España de Carlos V y de Felipe II. Así ocurre también en la literatura y en el arte. La literatura española del Siglo de Oro no surge por floración maravillosa ni por generación espontánea,

A pesar de su originalidad radical, de su magnífico sentido de juventud, no es sino el futuro de una evolución secular, hondamente desarrollada en la entraña del alma y del pueblo de España. Es la resultante de nuestra literatura medieval en contacto con los nuevos rumbos del Renacimiento y la Edad Media.

AURELIO MARTINEZ MUTIS

Sin duda que uno de los más ilustres poetas colombianos de hoy es Aurelio Martínez Mutis. En días pasados visitó la Universidad y en un recital magnífico hizo la exégesis de su grande obra "La Tercera Salida de Don Quijote". La belleza de la obra, el vigor del tema, la elevación de las ideas, el brillo de los vocablos, todo se sumó a la exquisita manera de recitador que posee este gran poeta nuestro.

Don Belisario Betancur, alumno aventajado de este claustro y escritor muy atildado, presentó en la forma siguiente al distinguido visitante:

Se ha dicho que la poesía es una, siempre. Que el canto navega sobre el tiempo, resiste su oleaje y persiste al maretazo de los días, cuando está construido con grada de eternidad, vale decir cuando por modo tan exacto fraternizan el contenido y el contorno, que la obra poética presenta un total de armonía y un dorado conjunto de orden. Esta concepción pesca, desde luego, contra las ideas de escuela que suelen esgrimirse esporádicamente por las nuevas generaciones cuando llegan al tope de la poesía. Pero realmente, es en esta sola forma como se asciende a la pura categoría poética en que el orden esplende y el canto insurge en la plenitud de su belleza. Que es, en el plano filosófico, la belleza sino el esplendor del orden que dijera Santo Tomás? Qué es la poesía sino aparejo y maridaje del mereno limo que hace el ingrediente poético, y el perfil o ropaje, la "fermosura cobertura" de que hablaba el Marqués de Santillana? La poesía, bueno es repetirlo, estalla su aroma y su arrogancia por sobre las escuelas y los estilos. Sólo hay un estilo de poesía: el de la poesía misma que trasciende los límites escolares y se proyecta sobre el paisaje vital del hombre, en un divino remado de la obra de Dios.

De ahí que las escuelas broten, por modo espontáneo, los sujetos que han de resistir a la acción del tiempo. Y de ahí que sea equivocada la cotidiana afirmación que asigna edades y fronteras a la poesía. No hay poesía vieja ni hay nueva poesía. Hay, simplemente, poesía. Quienes han sido condecorados con la egregia medalla del don poético, cantan para todos los tiempos y por sobre el cierzo de todos los tiempos. Los clásicos de todas las edades son, cabalmente, la más segura ratificación de esta verdad. Porque una obra es clásica, nada más que cuando ha logrado aunar en su valencia porciones más o menos iguales de hondura esencial y de matemática en su perfil. Clásicos de la poesía son Virgilio y Valencia, San Juan de la Cruz y Maya, Garcilaso y Martínez Mutis. Los de ayer y los de hoy, juntos, codo a codo en el poema. Porque el canto no cumple años ni el soneto llega a la mayor edad más que cuando es poesía.

Aurelio Martínez Mutis no es poeta, ni por la consagración de sus contemporáneos, ni por la presencia de su voz, ni por la prosapia de su espíritu que

participa por iguales de la donosura de los viejos infanzones castellanos que discurren arrogantemente por sus versos y de la hidalguía de los dorados caballeros del siglo de oro hispánico que portaban en la voz una flauta de poesía, en el corazón un son de amores, en la siniestra la argéntea espada para defender a Cristo porque ya la derecha iba aire arriba, como una bandera, para saludarlo, como dijera el apóstol cristiano. Martínez Mutis es poeta por la gracia de Dios y de su propio aliento. Estremecido en veces y en otras aligerado de aromas y de olores, su poema está entroncado con los mayores de la lírica universal. El verso se empina por ratos a la altura de la fulgurante llamarada y en otras cobra cromáticas de jardín; por tramos es el grumo enamorado que vigila, a la mañana, la salida de la moza campesina, el cántaro sobre la cabellera ilustre y sobre el cántaro los trinos de madrugada; por tramos, incendio heroico que recorre, clamoroso con su proclama de candela el horizonte de la patria; por otros, el silencio de los crepúsculos, a la oración, cuando los campesinos bajan de los surcos con los surcos calcados sobre la tostada piel y con una trémula plegaria en los labios. Poesía, en fin, que colma el paisaje, llena la comarca e inunda el corazón. Esa es la de Aurelio Martínez Mutis, vinero de mostos perennes, cuya poesía traspasa ya la linde del debate y la frontera polémica, para ingresar al ámbito de la piedra, única y definitiva edad de la poesía.

PERDIDA DE LUNA Y LUNA NUEVA EN LA POESIA COLOMBIANA

Por fines del siglo pasado, el sollozo romántico crecía su bordón poético en los países americanos. El reflejo de los movimientos literarios europeos siempre ha llegado tarde a quienes verdecían en canto de esta orilla del mar. Sólo en las postrimerías del siglo, Lugones, Herrera y Silva, pero sobre todo Darío, lanzaban su alarido nuevo al ámbito. El bostezo romántico rugía en ímpetus líricos. La llamarada, de puro ardiente, tornábase mansa y trémula. El verso nuevo abría brecha y espolvoreaba adeptos. El llanto volvía a su íntimo refugio en lo abscondito corporal. El cántico regresaba a su primera forma enamorada.

Esa mudanza alcanzaba a todos los elementos que habían participado en la rebatiña poética y a los instrumentos que sirvieron de pincel a la congoja y de brocha al verso, bañado en lágrimas, de los románticos. Desde luego, ha de decirse que el movimiento fue falseado. Las importaciones, cuando se operan tardíamente, siempre detrimen el contenido mismo del prospecto. La valencia ontológica de los postulados románticos, encarnaba una posición individualista ante la vida, sin negar la valencia de lo existencial sino, contrariamente, afirmando en ello el pregón de su lirismo. Novalis y Espronceda, por ejemplo, aparecen enrolados en el mismo tropel de los románticos, verso al trote y lágrima al rostro. Pero su poesía está encuadrada en moldes polares y tipifica, por tanto, polares posiciones ante la vida y ante el canto como expresión o corporeidad del recóndito estremecimiento.

Baudelaire y Rimbaud viajaron a la luna, ajenjos borbotantes en el corazón y el corazón velero del sentimiento. El atisbo no apostrofaba a la luna, ni le increpaba grandezas y miserias, ni mucho menos hacia absolver

posiciones—como dice Octavio Amórtegui—a los astros o a las flores. La poesía fue antes que la astronomía y acaso más vidente de las hondas distancias siderales; sólo que el corazón instrumentaba la visión en Heráclito y en Tales de Mileto, en tanto que en la moderna lírica—o por mejor decir, en nuestra romántica poesía—se pretendía erigir sobre la líquida colina de una lágrima un inmenso montaje de telescopios y lentes para indagar la esencia de los astros. Tenía que venir, de grado o por fuerza, el derrumbe de esas posiciones abismáticas. Fue la pérdida de luna en la poesía colombiana. El poeta trepaba por la cuesta de su emoción, alcanzaba la más alta montaña, el más erizado monte de la nostalgia. Nada más que la luna en el contorno. La luna y la soledad que colgaba de los picos de los pájaros ausentes. Era entonces cuando el poeta increpaba a la solitaria navegante, amazona de hielo, el coágulo de su tremenda melancolía.

La luna de Diego Fallón, por ejemplo, es un impetuoso lamento, un inventario de congojas y un estremecido silabario de amargura. Gotean las estrofas, sangre y duelo. Un lento, seguro cintilar de tímidos luceros a la orilla del llanto.

¡Oh Luna, adiós! Quisiera en mi despecho
el vil lenguaje maldecir del hombre,
que tantas emociones en su pecho
deja que broten y les niega un nombre.

Desde la piel del cielo chorrean líquidos lamentos. La trayectoria es completa. Un pintor, asido del poema, podría reconstruir un paisaje de luna, acuarela de Dios bajo su dedo vigilante. Pies de luna, el poeta sigue su huella: apunta su temblor, pulsa su silencio, asordina su propio alarido mientras por los caminos del cielo la noche, hidrófoba de tiniebla, ladra en un lánguido lamento funeral, como en el poema de Fallon.

Hay más recato, eso sí, en el poema de Fallon que en el estallido de Flórez. Mientras Fallon apenas inicia sus familiares requerimientos a la Luna, con mayúscula, Flórez le habla en un tono íntimo y hogareño desde el primer saludo, sin esperar descriptivos donaires, ni amenguar su pena en el embrujo del paisaje lunar. Vigilante del amor, indiscreta o celestina, la luna de Fallon asume colorísticas impares en la literatura colombiana. Hay un mitin de estrellas en lo alto. En la tierra, un aspaviento de sombras. Flórez no da espacio a esas descripciones. Su dolor puede más que el color. La luna es la melancólica reina pudibunda a quien se exige, imperiosamente, que descienda de su bóveda sombría —como habla el propio lenguaje florezco— a poner su sideral corona sobre el sepulcro de la madre huída. Fallón no llega a tales. La luna inicia su tránsito por el oriente y cabalga su potro de luz, sobre la desesperanza gimiente del poema, hasta leves oestes de congoja. Pero el poema avanza sin que se haga ningún requerimiento al astro. Que viaje su luz sobre el ámbito. Que se corone de hielo y que arrope de pálidos el silencio vegetal de la floresta. Pero el poeta ni se atreve a sugerirle que descienda, como en el soneto florezco, ni le encara la dramática de su existencia. La licencia familiar del "tú" al astro, Flórez y Fallon la empinan y erigen como árbitro de elocuencia en el poema. Pero en tanto que el último se enamora de luz y de luna, Flórez la zahiere de "pudibunda" para más luego pedirle congojosamente que abaje su cutis a la altura de la tumba sollozante.

Aquello fue la pérdida de luna en la poesía colombiana. Fatalmente, con trato tan desobligante, el astro tenía que ingresar en su comarca de bruma hasta la llegada del héroe lírico que la rescatara. Es indeclinable aspiración de la creatura, la ascensión a planos de holgura y de solaz. Con detractores de esta índole, la luna no podía seguir viviendo su vida, ni podía morir su muerte. Tan sólo la vida y la muerte que le asignaran, coléricamente, los poetas. Consejera de enamorados y, por lo mismo, objetivo de sus furias y dolencias, su conflictiva cósmica crecía hacia la tragedia. Si la marifornes, para cima de sus cuitas, perdía al enamorado galán bajo la mirada de yelo de la luna, la pena se vaciaba sobre el volcán de frío del astro. Y si para cifra de su júbilo, lo topaba por atajos al cobijo de la luna, a la pérdida del amante la luna padecía la congoja por igual, porque —guardadora del secreto— a ella competía el comento del llanto.

Quién que es, no es romántico? Dario debiera haber preguntado: quién que es no ha cantado a la luna? En Colombia en cada corazón hoy un poeta. Hasta el afanoso cluoman tiene sus vicios solitarios, ahítos de lírica y hartos de estrofismo. Y la luna ha sido el objetivo de todos los versos, acaso porque por acá el amor crece a la sombra de su luz, al contrario de los frenéticos amorfios de mediodía del fauno.

Eduardo Mendoza Varela, gladio poético sobre la estatura de la edad, ha llegado de su país de sueño y poesía a rescatar la luna. "La ciudad junto al campo" no es solamente un hermoso libro de poemas sino también, y por modo exacto, el expediente de rescate de la luna, en su secular eclipse por los historiales de la poesía colombiana. Ciclo Lunar se abre con la mansa verdad de Fallon —"la luna aparte el nebuloso velo"— y se cierra con el estremecido saludo, izado el brazo a la altura lunática del viento, a la luna nueva de nuestra poesía.

Serena piel dorada, sangre invisible que rodando viene en espectrales abanicos como un cauce de lánguidos plumones, esa es la luna advenida a la lírica nueva con un nuevo sabor y un nuevo olor, un nuevo contorno y un cántico nuevo en su alabanza. Hay en el poema de Eduardo Mendoza, todo el flujo torrencial de las voces nuevas, un pavor de exclamaciones añejas y una dulce ondulación de hablas mozas, gayas de hermosura, como la hermosura misma de que viste la luna a las muchachas, por la linde de las nueve. La noche no le ladra a la luna, pero le trota con sus "verdes caballos". He aquí la luna contrapuesta a la reina pudibunda de Flórez y a la del casto pie de Fallon:

... Nada conturba este sereno
cauce de cisne por el ancho cielo,
cuando su bella catedral erige
por mayo, entre los árboles ilesos.
Bella lámpara insomne, lento pozo,
moneda sin tañido en el paisaje:
luna de claro espejo en que transitan
los ojos fugitivos de la muerte.

Más discreto aún que Fallon que a los doce versos ya anda del brazo de

la luna como una cotidiana prima enamorada, Mendoza Varela viaja hasta más allá de los treinta antes de tomarse licencias y de exigir concesiones a la luna. El tuteo aparece, infortunio del poema. Pero por lo menos ya hay mayor recato, más discreción antes del ingreso en la orden de la luna, antes de mordiscos y dientes sobre la pálida manzana que rueda su vegetal delicia por el cielo. Por eso es ésta la luna nueva. Sweater deportivo, blusa de hilo y abismal escote sobre el seno egregio, muchacha por el cielo, "ángel de rieve", moza que destila sobre el amplio mundo "la adorable saliva de su beso".

Los temas no se cansan. Ni se marchitan, ni se opacan. Se mueren los cánticos. La luna seguía, persistente sobre el paisaje, su trayectoria cósmica. Se había perdido en la poesía. Lo que Eduardo Mendoza busca y logra, es el reingreso de la luna en el canto. Sin contar al lector —al doliente lector de versos— las congojas que liman su vida, sin participar sus íntimos descos ni notificar sus dramatismos. Sin embargo, el poema aparece alindado claramente; de la primera distancia hasta tres estrofas adelante, el lote objetivo donde el espacio habla su idioma de infinito y fruta cósmica; lote subjetivo de ahí hasta la frontera final, en donde la voz del poeta corta la luna y la entrega como propio cuerpo al apetito lírico del lector, pasaje salomítico que vuelca su furor en un suave clima de aromas y un diáfano aire de luna llena.

Adolece el poema de pobreza de lenguaje pero enriquece de metáforas. Y ya dijo Proust que la salvación de la poesía —si la poesía tiene que salvarse, si la poesía no es ese perderse inefable metafísico— está en la metáfora. Para decir a la luz de luna sobre los hombres y sobre los montes, sobre las hocas caravanas y sobre los trémulos labios enamorados, Mendoza Varela dice:

Tu albio mojó edades prodigiosas
de nocturnales peces subterráneos.
Viste luego las rubias caravanas
de góticos camellos y mujeres
hermosas como pájaros en celo.
Cisnes de lona recorrer los mares
y poseer las islas desterradas
como cuerpos amados, que aprendieron
la adorable saliva de tu beso;
caballeros de níquel y de púrpura;
rubios adolescentes donde el labio
era blanca luciérnaga ofrecida
en espectral palabra luminosa.

Desde luego que la luna corresponde al dulce tú, de azúcar, de Eduardo Mendoza. Pero a la piel del poema acaso sea costra dura, reja de púas o rendija de disfavor, esta licencia familiar del poeta con el astro. Empero, ya he dicho que a lo que aparece del poema, a lo que de él se desprende, aroma y flor de poesía pura, el canto está asumiendo una actitud de mesura y discreción en cuanto a los cósmicos habitantes del espacio.

Eduardo Mendoza es, bien está decirlo, una clara realidad, alumbrada de luna nueva, alta de juventud y maestría. Al arropo de esta luna sí puede el hombre descansar, rumor de besos largos y temblor de largas caricias bajo el sereno látigo lunar.

He visto por la corteza de la piedra, a la luna, un estremecimiento de alborada. Amanece en la poesía colombiana. La luna estira su dedo, hunde su uña, clava su espina en la antología. Por el mediodía del verso, un dedo lunar cruza la clave de sol del canto. Conjunción de astrales complacencias. La tiniebla y la luz, brasa y yelo en la estrofa. La luna ha sido, otra vez, ascendida al aire del poema, medalla sobre su manso pecho congelado. Más allá del poema, del otro lado de la poesía, Eduardo Mendoza sí puede salir del brazo con la luna, por esos mundos de Dios donde los luceros riegan azúcar en la voz de las muchachas. Como en la canción que puebla de miel el aire parroquial, veremos entonces "sobre los tejados la luna haciendo gestos".

Belisario BETANCUR C.

ESPECULACION RELATIVISTA

Existe al margen de la teoría de la relatividad, toda una filosofía de las ciencias naturales. Esta filosofía ha florecido sostenida principalmente por la misma índole de las conclusiones de la mencionada teoría aparecida en el transcurso del presente siglo, debida a la inteligencia del profesor doctor Alberto Einstein, nacido en el año 1879.

Cabe señalar entonces que, muchos de sus innovadores resultados, muchas de sus audaces consecuencias a las cuales con sus trabajos llega, favorecen a la evolución de una filosofía abiertamente especulativa, acerca de las funciones de espacio, tiempo, materia, gravitación, campo físico, etc.

De todo ello se reconoce el verdadero revuelo que en los sectores más opuestos de la cultura, ha producido la precitada teoría, y se comprenden también, las transformaciones que los principios relativistas provocan en el terreno de la física newtoniana y en los fundamentos de la mecánica tradicional.

El doctor Alberto Einstein, sitúa todas sus formulaciones en un mundo de cuatro dimensiones, entre las cuales se cuenta el tiempo. Aquel marco conocido de tres dimensiones físicas, ha sido sustituido por otro, en el cual se eleva a la categoría física, el tiempo. De esta manera, todo acaecer y todo suceso tiene que encuadrarse dentro de las cuatro dimensiones que la renombrada teoría, concede al mundo material.

Esta es una de las modalidades del pensamiento relativista, la cual considera que, en todo fenómeno o transformación material han de considerarse tales dimensiones. Los sucesos y hechos físicos se ajustan en su desarrollo a esas particularidades de la naturaleza cósmica.

Cabe agregar que, el mismo autor de la teoría especial de la relatividad y de la teoría general de la relatividad, ha sabido interpretar acertadamente las dificultades que afloran cuando se trata de concebir a la materia en un mundo que posea las propiedades que dejamos anotadas. Hay que consignar de inmediato, a los efectos de evitar imprecisiones lógicas que, el célebre profesor, admite la existencia efectiva de la materia o energía, y además de otras funciones y fuerzas del mundo extenso. Pero, en un mundo de cuatro dimensiones, la concepción e interpretación de lo material, es mucho

más complicada que la tarea de definirla encerrado en los contenidos de la mecánica y dinámica newtonianas.

De esta suerte, la concepción de la materia por parte del destacado docente, se halla indiscutiblemente ligada a un continuo de cuatro dimensiones que configura el mundo exterior. Entonces, la materia real se encuentra dentro de un continuo tempo-espacial, donde aparecen todas las propiedades de un campo físico, cuya estructura ha interesado vivamente en estos últimos tiempos al autor de la extraordinaria teoría.

Todos los fenómenos que tienen por asiento a la materia, la masa o la energía se encierran dentro de las condiciones inherentes al marco de espacio-tiempo, pues como ya lo expresamos más arriba, se le agrega otra que es la correspondiente al tiempo.

El hecho de que, a la materia sea necesario entenderla en un marco de cuatro dimensiones, despierta el interés del profesor Alberto Einstein, en el sentido de estudiar intensamente las características de ese campo y llegar en lo posible a una formulación de las leyes generales, las cuales nos informarían de las propiedades de tal campo. Todo esto lo ha intentado ya, el eminente matemático y físico, y al mismo tiempo, advierte plenamente las dificultades que reviste el problema, de acuerdo con sus propias manifestaciones.

Por lo expuesto, por el autor de la teoría de la relatividad, nos encontramos que, para establecer aproximadamente la existencia de la materia, es preciso reconocer que los fenómenos ante los cuales se encuentra el investigador, puedan considerarse de una misma índole, y que de alguna manera, el razonamiento físico, los entienda a los mismos, ligados entre sí (1). El prestigioso catedrático de la Universidad de Princeton, adelanta en esa forma, un concepto de todo lo que para su aguda mentalidad constituyen y configuran los hechos por los cuales se revela la materia, ya que la misma ante la observación del investigador, aparece con múltiples aspectos y modalidades.

Con lo expuesto por el doctor Alberto Einstein, tenemos ya clara conciencia de las dificultades con las cuales se enfrenta la física relativista, a los fines de lograr una imagen de la actividad universal de la materia y de la energía. Entonces nos encontramos que, esta física nos ofrece nuevas nociones acerca de la estructura del mundo exterior, y considera todas las dificultades con las cuales se encara la investigación para interpretar el conjunto de los fenómenos y de los hechos de la naturaleza.

Aún admitiendo la existencia de la materia, como ya lo dejamos dicho en los párrafos anteriores, Einstein presenta su razonamiento en el sentido de que ella sólo es interpretable de acuerdo a las características de ciertos fenómenos. Bajo estas condiciones, la materia, la masa y la energía en el conjunto de las formulaciones relativistas, y ello ha sido consignado adecuadamente por el mencionado profesor. A este respecto, es preciso agregar que el mismo doctor Alberto Einstein, ha podido ofrecernos sus finas ideaciones acerca de la relación existente entre la masa y la energía.

La estructura que presentan en los diferentes estados físicos la mate-

(1)—Ver sobre esta cuestión: Alberto Pimienta L., "Filosofía, Física y Materia". Revista de la Universidad Católica Bolivariana. Volumen IX. Nos. 40/41. Abril-Julio de 1945. Págs. 349/366. Nos referimos aquí a la parte VIII.

ria, la energía y la masa, ha conducido al pensamiento de Alberto Einstein, por la senda de alcanzar, mediante otros trabajos, una teoría positiva del campo físico unificado. Este notable matemático, ha podido establecer la existencia de ciertos fenómenos que relacionan íntimamente a la masa y a la energía, y de esta suerte, confía desarrollar favorablemente sus investigaciones, con el aporte de sus nuevas observaciones, que enriquecen el caudal de los conocimientos acerca del mundo físico.

Estamos ahora ante las concepciones de este matemático, con un continuo cuádr dimensional, en donde se configura una noción de la materia, realmente ligada a la estructura de ese continuo. Los fenómenos que tienen por apoyo a la materia, se relacionan efectivamente con ese continuo de cuatro dimensiones. De esta suerte, no es posible realizar una distinción radical, por parte del mismo observador, al registrar las notas fenoménicas de la materia. La estructura de la materia se vincula estrechamente a las propiedades de un espacio y de un tiempo relativos. Este encadenamiento de fenómenos registrados en un mundo tetradimensional con el agregado de la dimensión del tiempo, demuestra la íntima naturaleza de los sucesos acaecidos en el mundo físico. Para Alberto Einstein, entonces, toda una serie de fenómenos de la misma índole, nos sirven de apoyo a los efectos de obtener un concepto de lo que es la materia. (2).

Todo esto nos revela las dificultades que tiene la misma física relativista, para lograr una noción de lo que es la materia. Estas dificultades han sido debidamente estimadas por Alberto Einstein y sus conclusiones al respecto, nos dicen claramente acerca de los obstáculos que enfrenta una concepción moderna de la materia física.

En los ámbitos de la teoría de la relatividad, al situar ella, todos los hechos en un mundo de cuatro dimensiones, se establece directamente la profunda identidad que existe entre las dimensiones del espacio y del tiempo. En realidad, ante las conclusiones de esta teoría, nos encontramos que se funden en una estrecha unidad, las dos entidades físicas.

Ese marco de cuatro dimensiones, es el escenario donde se desarrollan todos los hechos físicos y todas las acciones mecánicas y dinámicas del universo. A este propósito, para constatar las funciones de la materia, es necesario consignar que, en esta concepción moderna, se emplea una geometría no-euclídeana, como lo son todas aquellas que emplean más de tres dimensiones en sus construcciones matemáticas.

Comprendiendo el profesor doctor Alberto Einstein, el número de dimensiones que es preciso emplear y establecer en el desarrollo de su física relativista, ha estimado efectivamente, la importancia del campo en el terreno de la ciencia moderna. Para ello también valora ampliamente la significación de la geometría en el desarrollo de su teoría de la relatividad.

Todo esto nos demuestra que, la obra del autor de la defendida y discutida teoría, es de naturaleza realmente innovadora y de esta suerte, aprecia innegablemente, los recursos con los cuales se sirven las ciencias exactas, para avanzar en el conocimiento de los fenómenos de la naturaleza, los que en su mayoría reciben una acertada y sugestiva interpretación por parte del

(2)—Parte VIII del ensayo precitado.

notable matemático y renombrado catedrático. Esta interpretación contribuye evidentemente a ofrecer una imagen más completa de la naturaleza física del universo y transformar muchos de los antiguos conceptos acerca de la movilidad y traslación de los cuerpos.

M. A. Raúl Vallejos

